
EL TEATRO IMPRESO

Dos libros de Extemporáneos Dos

Premios PROTEA 1976: *Dentro de estos ocho muros*, por Rafael Ramírez Heredia; *Todos santos Santa Catarina*, por Oscar Villegas; *Réquiem para Lecumberri*; por Agustín Bandrich. Ed. Extemporáneos, México 1977. 297 pp.

Estas tres obras premiadas *ex aequo* vienen a engrosar el acervo dramático de nuestro país —y aunque permanezcan guardadas, sin estrenar todavía, son espejos de nuestra realidad y ahí están— y son la respuesta exacta para aquéllos que pregonan *que no hay nuevos autores, que no saben escribir* y otras zarandajas por el estilo. Es muy discutible “qué es escribir *bien*?”. Y recalcando la eficacia de estas tres obras habremos de agregar que están “bien escritas” y que no tienen faltas de ortografía para que queden contentos los acerbos lengüiflojos, pues es muy fácil bajar el telón y decir no hay obras nuevas ni nuevos autores: ahí están, paradójicamente, inhumadas en el silencio las obras inéditas de Magaña, Iburgüengoitia, Carballido, Olga Harmony, el mismo Oscar Villegas, Luisa Josefina Hernández, Vicente Leñero, maestro Usigli, la lista sería infinita, incluyendo estas tres que tienen muchos valores propios y que lo menos que exigen es una lectura atenta.

De sus autores hay que apuntar edad y vida: Rafael Ramírez Heredia nació en 1940 y tiene varias novelas en su haber (*Camándula*, *Tiempo sin ho-*

ras, *En el lugar de los hechos*). Oscar Villegas es toda una vida entregada al teatro, nacido en 1943, tiene una obra no muy voluminosa (comparándola con la de Lope y epígonos) pero digna de estudios concienzudos, de análisis a fondo y de tesis, es un autor valiosísimo que seguirá escribiendo *per sécula seculorum* y sin importarle las mezquindades de la gentecita teatricon; entre sus obras hay que parar mientes en “Atlántida”, “La pira”, “Marlon Brando es otro” (miniatura maestra) y esta “Santa Catarina” levantadora de todas las ámpulas. Agustín Bandrich, por su parte, es actor y director de escena; nació en 1939 y esta “Réquiem para Lecumberri” es su obra primera (al igual que Ramírez Heredia). A excepción de Villegas que tiene vocación dramática, los otros dos autores deberían, les aconsejo, seguir escribiendo para el teatro, pues aunque parezca ingenuidad, sus textos *son teatro*, el tiempo, la experiencia y el “hacer dedos” limarían sus yerros de construcción, temáticos o sus moscas discursivas. Con brevedad trataré, muy superficialmente, de dar una idea y un fugaz acercamiento a los valores de cada una de las tres obras.

1. “Dentro de estos ocho muros” de Rafael Ramírez Heredia. Es una obra relativamente corta, en un acto, muy bien planteada y escrita con un estilo sobrio. Su título alude a la estructura de su texto: dos áreas escénicas que son las dos habitaciones (cua-

tro muros más cuatro muros, sin paramientos en que la cuarta pared del teatro a la "italiana" no existe) donde discurren los diálogos por parejas. A base de breves escenas alternadas (simultáneas) nos es contada una historia de ineptitud, desorientación y ambigüedad política. Heredia dividió, simétricamente, su obra en ocho escenas alternas y un final donde mezcla las dos áreas y a sus cuatro personajes. Lo que no nos parece adecuado es la "no-ubicación" precisa, pues según la proposición del autor, la acción puede suceder en cualquier país domeñado por un "desconocido" General Pinos al que se intenta asesinar. Sus cuatro personajes juegan a la ronda de los "ideales" y tratan, se enfrascan por alcanzarlos: Magda va en pos del amor (aunque traicione a su marido). Iscré en derchura del dinero aunque traicione a sus compañeros de "Partido" y se convierta en soplón (entre Magda e Iscré hay una relación erótica y una dependencia absoluta: el varón maneja, orilla y dirige a la ingenua-apolítica mujer). Cruz y el Secretario representan el mismo mecanismo: el segundo encauza y modela a su antojo al primero: los dos buscan el poder y el acto heroico. Hay cierto suspense pues los planes se van desplegando paulatinamente, con cuenta-gotas, hasta llegar a la diáspora del punto final. Los reproches a esta obra serían de indole ideológica y sus méritos son meramente teatrales: hay economía de recursos, lucidez en la selección de sus acciones y convicción en los diálogos, hay tensión dramática, aunque de repente zanje sus dificultades técnicas con algún semidios-lugar común o algún absurdo.

2. De "Santa Catarina", a mi juicio la mejor de las tres, podría "criticar to-

da la noche" y siempre tendré la sensación de haberme quedado en el umbral de sus excelencias dramáticas y/o literarias. Es una obra sencilla, esto es, complicadísima: en 22 cuadros breves, justos y bien trazados; Villegas nos introdujo en un mundo infernal y maravilloso, desconocido y tergiversado por los adultos: el mundo sentimental y anímico de los niños y adolescentes en un internado militarizado; la orfandad amorosa, el derecho de la sexualidad y el toscos, impetuoso, incipiente e inconsútil entramado de eso que los erotas llaman "amor"; el cosmos en formación (o deformación) que no de corrupción de los párvulos de la vida. Es tan diestro y pulcro (en todos los sentidos de la palabra) el autor que muchos de los problemas que plantea (en varios niveles) nunca ni por equivocación caen en el sensacionalismo o el escándalo gratuito y moralizador. Sus diálogos tienen una frescura y una riqueza bien captada y recreada del habla cotidiana, del argot, de los juegos, de los lugares comunes del mundo infantil. A veces sólo le basta con dar una pincelada y la escena es explícita. La forma en que se suceden sus cuadros (es una obra en un acto, me faltaba decir) tiene un ritmo exacto, pide la imaginación y colaboración del espectador, nunca cae en obviedades superfluas, y de primera impresión y comparación apresurada uno pensaría que es cinematográfico pero habremos de convenir que Shakespeare no es cinematográfico de "nacimiento" y *que no todo el monte es de Hollywood*).

Villegas, por último, es un excelente dramaturgo, magnífico estilista, argonauta lingüístico, insuflador de vida a las palabras de barro, autor atento, minucioso, inmerso en los matices de la realidad que atrapa y domina con sus

manos de ceramista. de hacedor teatral en toda la extensión de la palabra.

3. "Réquiem para Lecumberri" de Agustín Bandrich es una obra en dos actos. Ambicioso mural en el que el autor plasmó detalles, anécdotas, jerarquizaciones y conflictos brutales del "ex" Palacio Negro de Lecumberri. Bandrich se documentó e investigó las raíces corruptas e ilegales que sostenían esa mole terrorífica; pero, aunque es diestro en manejar muchos (demasiados personajes, casi veinte) cayó por momentos en las trampas del discurso, de lo anecdótico y de las repeticiones; es decir, me parece que su selección dramática debió ceñirse a lo necesario y justo: trata de abarcar mucho. Además se va por las ramas de lo escabroso, sensacionalista, "senequista" (por decir algo) al presentar violaciones, asesinatos y coitos en escena con cierto lujo de detalles y minuciosidad en las acotaciones. Esto es, duda un poco de que sus personajes hablen por sí mismos y sean lo suficientemente claros, y de hecho tiene algunos caracteres bien dibujados. Hay cierta concepción melodramática (eficaz) pero remarcadamente moralizante (notándose siempre la mano del autor). Sin embargo, su valor esencial es el documento, de sondeo en un submundo que el mismo Bandrich se pregunta irónica y amargamente si terminará. "¿Será?". Hay, por último, un poco de autocensura en el lenguaje que emplea —hay que señalar que repudiaríamos una obra ubicada en Lecumberri escrita en verso— y por eso Bandrich tiene sus mejores escenas cuando emplea el caló y las "palabrotas" y sus cortapisas son el temor de "caer en ese tipo de teatro tan corriente, pero desgraciadamente en "El palacio Negro de Lecumberri" no utilizan

otro léxico; la persona más preparada que cae en Lecumberri termina utilizando el caló y las palabrotas". Sin embargo, ese ordenamiento del caos, la arquitectura de acciones, las confrontaciones, la forma y el fondo, que dan consistencia a un texto dramático, sí los hay en "Réquiem. . ." y eso es lo que lo salva de caer en el teatro "tan corriente" (cuya estructura y no el lenguaje, es endeble y *ahí se va* si sale un bosquejo de un boceto de un sketch, Dios mediante).

AVISO: sepa el lector que con el título de *Tres obras* la editorial Extemporáneos terminó de imprimir el 2 de enero de 1978 tres obras en un acto de Emilio Carballido. Ellas son por orden de paginación: "¡Silencio, pollos pelones, ya les van a echar su maíz!" (farsa basada en el cuento "La caja vacía" —*suyo de él, también*— y cuyo título le fue dado por un romancero mexicano de principios de siglo) le sigue la música original de Rafael Elizondo en facsímil. "Un pequeño día de ira" (pieza que obtuvo el "Premio Casa de las Américas" en 1962) y "Acapulco, los lunes" (farsa). Son tres obras casi inasequibles, por eso la edición en la colección de Teatro de Extemporáneos viene a llenar un vacío y a corregir la indiferencia que tienen las editoriales por los textos dramáticos de autores mexicanos. Cada una de las tres obras viene acompañada con fechas, datos y repartos de su estreno mundial, amén de los créditos de traducción y representación en el extranjero. Es un libro que consta de 254 páginas. Y es primera edición, con un tiraje de 2 000 ejemplares más sobrantes para reposición. Quedan avisados con este aviso los *avisados* lectores. ●

F. P. V.

103